

que su voluntad quisiera partirse, su salud se lo impide. La inflamacion de las piernas toma alarmantes proporciones. Tan grande va siendo la pesadez que no puede trasladarse de un salon á otro salon del Vaticano. Para muchos se acerca la hora de su muerte, y con la hora de su muerte el principio de nuevas complicaciones religiosas en la por tantos conceptos agitada Europa. Un consuelo nos queda; y es la seguridad de que no puede, nó, peligrar ni retroceder la causa de la libertad y del derecho.

CAPITULO XVIII.

LOS CONSERVADORES DE FRANCIA, ESPAÑA
Y ALEMANIA.

4 de Setiembre de 1872.

Apenas me parece creible; pero el Gobierno de la República ha prohibido en Francia que se celebre el aniversario de la proclamacion de la República francesa. Yo comprendo que esta fecha se halla unida á grandes y pavorosas catástrofes; yo comprendo que recuerda el remedio tardío á un imperio protervo, y el refugio desesperado contra la deshonorosísima capitulacion de Sedan. Pero si recuerda estos desastres, tambien recuerda el término de la dictadura cesarista que los engendró, y el principio del Gobierno democrático y republicano que ha de educar, y con la educacion ha de regenerar á Francia.

Mas aunque no recordara nada de esto, aunque conmemorase dias más adversos, fechas más nefastas, ¿qué Gobierno republicano es ese, capaz de prohibir á su antojo dos de los derechos más fundamentalmente humanos y más indispensables á la vida; el derecho de reunion y el derecho de manifestacion pacífica? Si los ciudadanos en los Estados democráticos no tienen la libertad de conmemorar aquel dia que les parezca más fausto á sus creencias políticas, á sus creencias religiosas, ¿qué libertad tendrán? No se han proclamado las libertades fundamentales de la República para que continúen los procedimientos arbitrarios del Imperio. Los ciudadanos buscan en las Repúblicas garantías más seguras de sus derechos, expansion más lata á su personalidad. Si en nombre de la República se cohibe su ser, se ahoga su pensamiento, se falsifica su derecho, ¿echarán de ménos las Monarquías? Si en nombre de la República se mantienen los estados de sitio y se desconocen las garantías del individuo, ¿no caerán en el funesto error que han difundido tantos sofistas, en el funesto error de creer indiferente la forma de gobierno para el afianzamiento de la libertad? Pasan he-

chos incomprensibles en el seno de la nacion francesa. Hace más de un año, mucho más de un año, que sucumbió la insurreccion comunera, y todavía continúan los implacables procedimientos contra sus autores y cómplices. Los consejos de guerra en sus juicios sumarios toman como circunstancia agravante haber combatido al Imperio, haber votado las candidaturas de oposicion al Imperio, la candidatura de Rochefort, la candidatura de Gambetta, quizá tambien la candidatura de Thiers. Creeríase que el César está presente en las Tullerías, y desde allí persiguiendo los delitos de lesa majestad, ni más ni ménos que en los antiguos tiempos. Y sucede todo esto, porque se ha cambiado la esencia; al revés de España, donde se ha cambiado la esencia y no se ha cambiado la forma del Gobierno. En Francia sucede algo de lo que sucedia en la antigua Roma. Las formas de gobierno cambian, pero bajo sus varias trasformaciones queda un principio esencialísimo, el principio de la omnipotencia del Estado. En España se ha proclamado el derecho natural anterior y superior á todos los poderes; se ha establecido el principio americano de que en el pueblo reside

esencialmente la soberanía; se ha organizado una democracia; y por monstruosa contradicción se ha puesto á su frente un poder de casta, de herencia permanente, irresponsable, vínculo de una familia como los antiguos poderes emanados del derecho divino. La forma de la República y no la sustancia entre los franceses; la sustancia y no la forma entre los españoles; dos contrasentidos que traen malestar profundo, profundísimo, á los dos pueblos.

Mientras en Francia los derechos individuales sufren todos estos agravios, en España sufre análogos agravios la decadente y maltrecha autoridad real. Prescindamos de las caricaturas que la ridiculizan; prescindamos de los artículos que la maltratan; prescindamos de las alocuciones que á boca de jarro la asestan los alcaldes republicanos; hay algo más grave todavía para este rey, enfermizo engendro del general Prim en sus postrimerías, hay algo que debe inclinarle á profundas meditaciones, si alguna vez medita, y es la actitud de los partidos monárquicos, de los partidos dinásticos, que contribuyeron á la revolución.

En cuanto dejan el poder toman una ac-

titud antidinástica. El partido radical mostró en su época de oposición cierta tendencia á la República y manifestó desvío al Rey. El partido conservador hace más; el partido conservador no solamente reniega de esta dinastía, sino que anuncia la dinastía con que ha de sustituirle, es decir, la antigua dinastía de Borbon. Un periódico tras otro periódico verifica esta vistosísima evolución. Así no es maravilla que la reina Victoria haya dicho á un amigo de su suegro, Victor Manuel: «En España hay carlistas, alfonsinos, esparteristas, republicanos; pero no hay en España ni un solo amadeista.»

¡Qué viaje! Ya manifestaciones hostiles, ya el silencio amenazador, ya ausencia de luces y colgaduras en los balcones, ya falta de alojamiento, ya abandono de las iglesias por el clero, ya alocuciones de los alcaldes republicanos llamándole jefe del Estado como á cualquier presidente de República, y suprimiéndole el histórico tratamiento de Majestad. Nada me extraña. Yo lo habia un tiempo anunciado. Yo habia dicho que, arrancada la antigua dinastía, no quedaba á los conservadores otro remedio que resignar-

se á la República y convertir esta República en lo más gubernamental y más unitaria que pudieran, mientras nosotros pugnábamos en liberalizarla, democratizarla, federalizarla. Pero lo imposible, lo absolutamente imposible, era desarraigar el prestigio monárquico con la destrucción de una dinastía secular y luego restaurar este prestigio con el advenimiento de una dinastía extranjera. Los reyes deben ser astros de luz propia.

Así, la actitud del partido conservador depende principalmente del poco respeto que inspira la nueva Monarquía. El número de *El Diario Español* que anunció el cambio, fué recibido con recelo por sus demás colegas conservadores. Hoy todos los periódicos de este partido han hecho manifestaciones análogas. El príncipe Alfonso por rey, el duque de Montpensier por regente; hé ahí toda su política. Mudan de rey como si mudaran de criado. Y esta actitud es tanto más amenazadora para el Monarca, cuanto que está sostenida por el apoyo indirecto del general Serrano. Cuando este repúblico se encontraba al frente de las tropas leales, cuando dirigía y acababa el tratado de Amoravieta, escribióle D. Amadeo de Saboya, dán-

dole especial encargo de formar un nuevo Gabinete que sustituyera al Gabinete del Sr. Sagasta. Serrano se apresuró á venir y á ocupar el espléndido palacio de la presidencia. A los dos días dejaba palacio y presidencia. Desde entonces ha jurado no volver á ser ministro de este rey. Y dice á cuantos le oyen que no contribuirá de ninguna suerte á expulsarle, pero tampoco á sostenerle. Es una actitud análoga á la actitud guardada por el general O'Donnell en los últimos días de la dominación borbónica. Como Serrano, juró O'Donnell no contribuir, ni á perder ni á salvar á la Reina. Pero cuando O'Donnell acababa de prestar este juramento, ya había el partido conservador realizado su evolución anti-borbónica. Hoy, de nuevo, el partido conservador es anti-dinástico, sí, anti-dinástico, y enemigo del Rey que ha traído la revolución de Setiembre.

¿Qué probabilidades tiene hoy una restauración? Yo estaré ciego; pero toda restauración me parece cosa difícilísima. Y me parece cosa difícilísima, por la naturaleza misma de los partidos conservadores. En mi sentir, estos partidos deben poner gran empeño en conservar las dinastías, por la ra-

zon sencillísima de que restaurar es para ellos difícil, muy difícil. Desde luego una restauracion supone un revolucion. Y una revolucion supone predominio de elementos democráticos en vez de predominio de elementos monárquicos. Diráse que no cuento con el dato principal, que no cuento con el ejército. Cuento. Sé que hay en la plana mayor muchos elementos alfonsinos. Sé tambien que estos elementos no se encuentran secundados por los elementos inferiores del ejército, que desde la revolucion de Setiembre piensan por sí mismos, y se inclinan á todas las ideas democráticas, como lo prueba cuán fácilmente se inclinó á conjuracion liberal, y cuán difícilmente se inclina hoy á una conjuracion borbónica. Pero la disciplina es poderosísima, inflexible; el jefe tiene sobre el soldado el imperio que el eje sobre la rueda y el vapor sobre el eje en las máquinas fabriles. Yo concedo que haya la disciplina del ejército, la subordinacion del inferior al superior, conseguido el llevar al ejército á una insurreccion en nombre de antiguos juramentos y á favor de sus antiguos príncipes. ¿Se llevará tras sí esta conjuracion todo el ejército? Evidentemente nó. Y

una division del ejército trae una lucha inmediata. Y una lucha en el ejército trae inmediatamente tambien la proclamacion de la República en todas las grandes ciudades de España. Y las ciudades tienen sobre los pueblos en España mucho mayor influjo, mucho mayor poder que las bayonetas. Porque si es tradicionalmente cierto que el pueblo español no consuma una revolucion jamás sino con el auxilio del ejército, tambien es tradicionalmente cierto que el ejército no puede nada sin el pueblo. La revolucion de Setiembre hubiera quedado ahogada en los mares donde comenzó, si no acierta á expresar, como expresaba, el pensamiento y la voluntad del pueblo español. En 1841, cuando el Rejente se encontraba en el apogeo de su popularidad, nada pudieron contra él Leon y Concha, en armas á las puertas de Palacio, O'Donnell en la ciudadela de Pamplona, Borso en Aragon, Montes de Oca en las provincias vascongadas. Y luego, cuando el espíritu popular se apartó del Rejente, unos pocos días y el grito de unas cuantas ciudades bastaron para destruirlo. El pueblo no hace una revolucion en España sin la iniciativa del ejército; pero el ejército no

o triunfa sin el concurso del pueblo. Y si nó, ¿cómo es que nunca el ejército se ha sublevado á favor de Cárlos, cuando tantas veces se ha sublevado á favor de la libertad? Porque sabe que en una insurreccion de esta clase no tendrá jamás el pueblo liberal á su lado. Y el pueblo liberal, que es el pueblo influyente, porque es el pueblo de las grandes ciudades, sólo secundaria hoy un movimiento á favor de su antigua y arraigada creencia, á favor de la República.

Lo cierto es que la Península, desde Irun á Cádiz, desde Lisboa á Barcelona, se halla conmovida por la idea republicana. Las últimas elecciones han demostrado la solidez de nuestro partido y la fidelidad inquebrantable de las grandes ciudades á nuestros principios. Donde quiera que hay una grande aglomeracion de ciudadanos reunida en una de estas grandes colmenas de la inteligencia y del trabajo, que se llaman ciudades, allí está la idea republicana en todo su vigor. Parecia que Portugal se exceptuaba de esta regla, que tenia fidelidad inquebrantable á sus reyes históricos. Y Portugal se conmueve en sentido republicano tambien. Deiciannos sus conservadores que el movimien-

to de conjuracion últimamente sorprendido no tenia importancia. Y sin embargo, resulta ahora que los consejos de guerra van á funcionar, y muchos conjurados van á ser sometidos á sus severos fallos. No lo dudeis. El movimiento republicano será en los pueblos latinos tan fuerte y tan avasallador como fué el movimiento constitucional. Es propiedad de nuestra raza la viveza en la concepcion, y despues de haber concebido una idea, la prontitud, la celeridad en realizarla. Ha concebido la idea republicana y realizará, con más ó menos perfeccion, la idea republicana. Ningun poder será bastante á evitarlo. Y el desprestigio en que ha caido la idea monárquica es el ocaso de una edad histórica y el oriente de otra nueva edad.

En el Norte mismo, donde se realizan tantas combinaciones monárquicas, ¿quién domina hoy? Un destructor de reyes. En los dias que corren, el rey de Prusia ha tenido una veleidad monárquica, una veleidad real. Se ha acordado de que era el jefe de una familia cuasi divina, y ha querido volver por una de las víctimas del poder y de la gloria de esta misma familia, por el destronado rey

de Hannover, que él mismo sacrificó después de la batalla de Sadowa. El rey de Hannover se halla acogido á la proteccion de otro antiguo soberano suyo, á la proteccion del emperador de Austria. Este no ha accedido á presentarse en Berlin y glorificar á su vencedor, sino á condicion de lograr algun alivio á la suerte del rey de Hannover, alguna compensacion á sus desgracias. El emperador de Alemania quiere acceder á esta peticion del emperador de Austria. Y piensa en el Ducado de Bruswich para consolar la adversidad del rey de Hannover. Pero Bismarck, que es lógico á la manera de un sistema científico, fatal á la manera de una fuerza ciega, no transige con su soberano y no cede nada á favor del soberano destronado. Pero Guillermo el batallador es tenaz, tenacísimo en sus ideas, en sus proyectos. é insiste. Bismarck, al ver semejante insistencia, se resiente y amenaza abandonar la conferencia. Pero ¿qué seria la conferencia abandonada de Bismarck? Un juego de sombras, un coloquio de espectros. La mano del Canciller mueve á todos esos soberanos á pesar del peso enorme de sus armas y de sus cetros. La poderosa intelligen-

cia que ha hecho la Alemania moderna, les da lo que ellos no han tenido nunca, una idea. El palacio de Berlin sin Bismarck, en los dias de la conferencia, vendria á ser como una selva llena de fieras y sin un hombre. El sólo sabe domarlos. El sólo sabe dirigirlos. El les señala dónde está su presa y cuál es el momento oportuno de atisbarla y recogerla, y devorarla y digerirla. Él ha leído en la conciencia humana, y sabe por la historia el ministerio que les resta en el mundo á esos colosos, próximos á sucumbir por el inmediato advenimiento de una nueva edad geológica, donde habrá pueblos y no habrá monarcas. Pues qué, ¿no ha llevado al rey de Prusia á la revolucion? ¿No le ha hecho destronador de reyes? ¿No le ha unido con ese reino de Italia, obra de tantas revoluciones? ¿No le mantiene hoy mismo sobre las ruinas de la Alemania teocrática y la Alemania feudal? Y él mismo ha sostenido al emperador de Rusia, asediado por las tendencias panslavistas que se desarrollan por ódios implacables á la raza alemana, y ha obligado al emperador de Austria en el conflicto franco prusiano á desistir de la venganza de Sadowa, que hubiera podido

ser una satisfaccion pero tambien un suicidio. Ahora mismo el conde Andrassy, el canciller del Imperio austriaco, que parecia llamado á ser como ciudadano húngaro particularista, amigo de las varias autonomías nacionales en el seno de aquella confusa federacion monárquica, no es otra cosa que un servidor, y servidor servil de la política de Bismarck. Por consiguiente, su ausencia seria verdadera noche en el Olimpo imperial. Los pastores de los pueblos andarian á tientas como en tinieblas palpables, y chocarian unos contra otros como astros sin centro de gravedad, si les faltase el sol de sus almas, si les faltase el canciller del Imperio germánico. Guillermo, que no ha sentido su corazon conmoverse á la vista de un millon de cadáveres, se conmoverá al fruncimiento de las cejas del canciller, y el rey de Hannover será condenado á un destronamiento sin compensacion y sin dinero.

Por eso no puedo comprender á qué envian los periódicos europeos sus correspondientes á Berlin. ¿Qué podrán ver de cerca que no veamos todos de lejos? Podrán ver la llegada de unos huéspedes á la estacion, la salida de Guillermo I á recibirlos, con los tra-

jes y las condecoraciones de sus respectivos ejércitos. Podrán ver que se abrazan, que se dirigen al palacio en coches de gala, que comen á la misma imperial mesa, que se divierten desde el mismo palco en representacion de aparato. Podrán asistir á una revista en campos dilatadísimos, donde evolucionen y maniobren 300 ó 400.000 hombres. ¿Qué más verán? Yo recuerdo la Exposicion de París. Yo recuerdo la llegada de todos los soberanos. Yo ví á muchos de ellos apearse de sus respectivos wágones. Yo ví á otros partir en los palcos régios y pasear por el inmenso circo de la Industria. El príncipe heredero de Prusia, el príncipe heredero de Inglaterra, el príncipe heredero de Italia, el sultan de Constantinopla, parecian cortesanos del gran emperador de Francia. Las gentes superficiales decian á una que jamás fué tan poderoso un monarca, ni tan seguro su Imperio. Las gentes superficiales anunciaban que no podian reñir grandes batallas los mismos que habian habitado bajo los techos de un gran palacio y partido el pan sobre la franca mesa hospitalaria. Y ningun correspondiente contó entonces un hecho revelado por las notas que Napoleon trazaba rá-

pidamente en los días de su último cautiverio. Ninguno revelaba que al llegar á la despedida, Napoleon y Guillermo se conmovieron, los bellos ojos de la Emperatriz se arrasaron de lágrimas, y sobre aquellas frentes ceñidas de áureas coronas, batió sus negras alas el siniestro presentimiento de una próxima guerra. Y aquello queria decir que los reyes, los emperadores, hoy son juguetes de una fatalidad, para ellos completamente incontrastable. Se llaman reyes, y son esclavos. Se llaman soberanos, y no tienen la primera prerogativa de la soberanía, la santa libertad. Por eso no hay que dar desmedida importancia á la entrevista de los emperadores. Ellos nada pueden contra el destino, nada. Las rivalidades de sus pueblos, las enemigas de sus respectivas razas, son más poderosas que sus soberanas voluntades. Antes como despues de la entrevista se oirán tronar mil guerras, preñadas todas de iguales catástrofes, sobre la frente y la corona de esos Césares.

CAPITULO XIX.

GRAVISIMAS DIFICULTADES...

Los asuntos de Francia continúan siendo tristes, dolorosísimos para los corazones que amamos la humanidad y sus progresos. París, ¡ah! París se halla irritadísimo. Lo vergonzoso de la última paz; la desmembración del territorio, triste para toda Francia, pero más triste aún para su capital, espuesta hoy como nunca á las irrupciones germánicas; la dolorosa convalecencia de ese sitio en que el hambre, la peste, el bombardeo, como que han exaltado la fibra y trastornado el ánimo de los parisienses; la Asamblea reaccionaria, verdadera invasion de los campesinos en las ciudades, sí, de esos campesi-